
El asunto de la inculturación del Evangelio*

*Roberto Jaramillo B., S.J.***

La fidelidad a la Palabra exige también, en virtud de la dinámica de la encarnación, que el mensaje se haga presente, en su integridad, no sólo al hombre en general, sino también al hombre de hoy, a quien se anuncia ahora el mensaje. Cristo se hizo contemporáneo de algunos hombres, hablando su lenguaje. La fidelidad que se le debe, exige que continúe esa contemporaneidad. En todo proceso interpretativo, y con mayor razón cuando se trata de la palabra de Dios, la persona del intérprete no es extraña al mismo proceso, sino que está implicada en él y puesta en discusión con todo su ser (Pablo VI)¹.

La inculturación del evangelio tiene que ver directamente con la cultura como horizonte o universo significativo y valorativo que identifica un grupo humano. Desde el punto de vista religioso-cristiano la encarnación del Verbo es norma normativa no normada de cualquier acción que pretenda ser salvadora, liberadora para los hombres.

* Última parte del trabajo de grado presentado en la Pontificia Universidad Javeriana, Santafé de Bogotá en mayo de 1995. Ver: JARAMILLO BERNAL, ROBERTO, S.J., *Inculturación, encarnación y liberación: dinámicas exigidas por la Nueva Evangelización*, Pontificia Universidad Javeriana (Facultad de Teología), Santafé de Bogotá, mayo de 1995, pp. 98-119.

** Magister en Teología por la Pontificia Universidad Javeriana de Santafé de Bogotá.

1. PABLO VI, «Discurso en la XXI Semana Bíblica italiana», el 25 de septiembre de 1970. Citado por GORGULHO DA SILVA, GILBERTO «Hermenéutica Bíblica», en VARIOS, *Mysterium Liberationis*, Tomo I, Trotta, Madrid, 1990, p. 172.

Quiero proponer en este trabajo lo que habría que entender por inculturación y explicitar los criterios fundamentales para una acción que hoy pretenda ser evangelizadora.

I. ¿QUE ENTENDEMOS POR INCULTURACIÓN?

Digámoslo de entrada: un auténtico trabajo inculturador del evangelio tiene por tarea primordial hacer que las personas y los grupos humanos se abran cada vez más a la acción de Dios, de tal manera que El pueda obrar con absoluta libertad en ellos la imagen de hombre que nos fue revelada en Jesucristo.

En otras palabras, *inculturación* significa el descubrimiento progresivo, inteligente y contemplativo que se hace de la revelación divina en el universo simbólico y valorativo, en el horizonte de sentido propio, en la cultura de un grupo humano, a través de la interpretación juiciosa de sus acciones significantes, acogiendo el mensaje divino que comportan para todos, y no sólo para la respectiva cultura.

Esta acogida ha de ser no sólo a nivel metodológico sino en la profundidad de los contenidos mismos; y, por supuesto, no tiene nada que ver con una actitud puramente estratégica. De esa manera las culturas -y en ellas la lengua, la configuración socio-política cotidiana y la religión como expresiones prototípicas de un universo imaginativo determinado- nos ayudan a comprender y a amar más profundamente el misterio de la encarnación y de la comunión del Dios de la Historia; y éste se convierte en criterio normativo de toda acción intercultural (o intracultural) que pretenda ser verdaderamente evangelizadora.

Pero para lograr situar mejor lo que entendemos por inculturación es importante exorcizar de nuestra mente y de nuestro corazón una serie de matices equívocos que pueden desviar esta exigencia de la evangelización, desvirtuar la palabra de Dios y terminar haciendo realmente inútil -eternamente inútil por contrario a la moción misma de Dios- todo el trabajo evangelizador.

1. Comprensiones equívocas de la inculturación

Digamos en primer término que hay que distinguir bien entre inculturar -que es el desafío que se nos ofrece- y otras prácticas que corresponden a los términos no siempre bien discernidos de "*aculturar*", "*transculturar*" y "*transculturarse*".

1. *Aculturar*

No es posible anunciar a Jesucristo como Buena Noticia para todos desconociendo por completo, y mucho menos agrediendo como si fuera una realidad negativa, desechable o inconveniente la cultura de un pueblo. A ello lo llamamos «*aculturar*».

Eso sería tanto como hacer del evangelio un mensaje puramente abstracto, espiritualista, sin ninguna conexión con las realidades humanas que Dios quiso compartir con nosotros y santificar en el misterio de su encarnación o, a lo sumo, proclamar sin ninguna inteligencia no tanto el evangelio de Jesucristo cuanto un maridaje no discernido que confunde una propuesta cultural -que históricamente tiene mucho de qué arrepentirse especialmente en América india- con lo fundamental de la revelación bíblica.

No es difícil reconocer en gran parte de la práctica conquistadora y colonial de la Iglesia Católica este tipo de relación intercultural que llamamos *aculturadora*. Al respecto bien se expresa Antony de Mello cuando hablando de la conquista dice:

Lo mismo ocurre con los fanatismos históricos en los cuales también la religión estuvo presente. Colón no descubrió América, pues ella ya se había descubierto a sí misma. Era una tierra poblada que tenía una forma de vida, unas creencias y una cultura. Lo que se descubrió al arribar a ella fue la ignorancia de los europeos que no sabían que existía. Allí no se respetó nada por parte de los «descubridores». Se les cambiaron nombres y apellidos, creencias, y una forma de vivir y de expresar su cultura. En nombre de una «civilización» y de una religión se destruyó todo, sin discriminación alguna y, a cambio, se les saquearon sus tesoros antes de que se enteraran de su valor².

2. *Transculturar*

No es posible, tampoco, anunciar la buena noticia para todos los hombres con un lenguaje y una acción simbólica tal que lo comunicado no sea entendido o comprendido por los destinatarios del mensaje como si aún fungiera la idea del «*ex opere operato*». A ello lo llamamos «*transculturar*». En tal caso el evangelio no podría ser de ninguna manera buena noticia para aquellos.

2. MELLO DE, TONY, *La iluminación es la espiritualidad*, Colección cuadernos de Vida Nueva, facs. s.l.f., p. 1621.

Hay que afirmar que esta práctica no estuvo ausente de la acción conquistadora y colonial³, como tampoco deja de estar predominantemente en la práctica evangelizadora actual entre indígenas, negros o blancos. Desde la ocasionalidad con que -por diferentes causas- los misioneros o párrocos (y no estamos juzgando sus razones y/o motivaciones) realizan celebraciones cristianas entre los indígenas, campesinos, negros, habitantes de los barrios más pobres, etc., sin conocer -y lo que es más grave aún: desconociendo- su lengua, sus costumbres, su aparato simbólico, sus fiestas, sus ritos, sus formas expresivas, etc., pasando por el lenguaje utilizado en la catequesis escolar (uno es el lenguaje del recreo, de la calle, de la casa, de la fiesta, de los amigos; y otro el del catequista o el agente de pastoral) hasta llegar a las predicaciones dominicales o a la generalidad de los documentos del magisterio que se quedan hablando para un núcleo reducido de iniciados.

Este tipo de «evangelización»⁴ que niega la exigencia fundamental de una auténtica inculturación ha resignado su tarea a un confuso bilingüismo que mantiene y profundiza la división secular entre fe y vida, negando así la radicalidad liberadora de lo humano propia del misterio salvador de la encarnación.

3. *Transculturarse*

Tampoco hay que confundir el desafío de la inculturación con una idea tal de «*transculturación*» en la que resulta que el evangelizador ha de despojarse de su propia cultura y asumir una cultura extraña. Lo primero nos es radicalmente imposible; lo segundo nunca está de forma total al alcance inmediato o mediato de los evangelizadores, y mucho menos es lo que esperan y reclaman los distintos «oyentes de La Palabra».

El desafío inculturador del evangelio no puede ser reducido al estrecho campo de la imitación simbólica, aunque siempre cabe la posibilidad de llegar -muy a largo plazo y nunca con base en una actitud estratégica- a una más o menos profunda

3. El famoso requerimiento que en nombre de Dios y del rey se le leía a los indígenas al hacer contacto con ellos es prototípico de ésta práctica, que se extendió no menos en el terreno religioso (celebraciones, catequesis, predicación, etc) que civil (juicios, actos administrativos, etc).

4. ¡Entre comillas y con minúscula pequeña!

conversión cultural, siempre limitada⁵. Por eso el ideal del evangelizador no ha de estar nunca en «*transculturarse*» sino en llegar desde su propio horizonte o universo imaginativo a una empatía cordial con otro u otros universos que ha de reconocer, aceptar y amar como distintos; esos sí, precavido con todos los instrumentos críticos y espirituales necesarios.

Pero también hay que distinguir el desafío inculturador de otras prácticas no menos dañinas para el trabajo evangelizador cuya sutil imprecisión es trampa permanente para muchos evangelizadores.

4. *Transponer símbolos*

Inculturar el evangelio no es hacer a veces de manera ciertamente forzada y traída de los cabellos una siempre mala transposición de símbolos y/o signos, como si una simple traducción literal de y a cualquier tipo de lenguaje garantizara la comprensión de dos universos significativos diferentes. ¡No! Toda cultura está llamada a promover su específico lenguaje de fe. Dios no puede comunicarse a un pueblo a través de una humanidad prestada; así lo defendieron tenazmente los primeros cristianos frente a las herejías docetistas. Dios que se comunica siempre lo hace desde una existencia singular: fuente y condición de toda auténtica palabra. Por el misterio de la encarnación toda palabra ha de perder su carácter abstracto y atemporal y ha de brotar en el lugar en donde el hombre se expresa a sí mismo y su mundo.

Es preciso re-expresar el evangelio de una manera nueva. No simplemente traducirlo: ni al nivel de los signos (como si inculturar fuese tan solo pasar de un idioma a otro), ni al nivel de los símbolos: vestidos, canciones, colores, lugares, etc.

A este respecto es bueno señalar que en un auténtico proceso evangelizador mantener el mito, con toda la complejidad simbólica y formal que le es propia, al

5. «No tratamos [...] de convertirnos en nativos [...] o de imitar a los nativos. Sólo los románticos y los espías encontrarían sentido en hacerlo. Lo que procuramos es (en el sentido amplio del término en el cual éste designa mucho más que la charla) conversar con ellos, una cuestión bastante más difícil (y no sólo con extranjeros) de lo que generalmente se reconoce» dice Clifford Geertz refiriéndose al trabajo etnográfico de los antropólogos. GEERTZ, CLIFFORD, *La interpretación de las culturas*, Gedisa, Barcelona, 1992, p. 27.

lado de la revelación de Dios⁶ en Jesucristo y de la expresión escriturística sagrada como si fueran realidades colocadas a un mismo nivel de autoridad y significación, confundiendo una y otra cosa de tal manera que se llegue a producir una simple traducción de términos, o vaciar el contenido de la revelación (que ha de ser el mismo continente) en moldes simbólicos que le queden estrechos sin penetrar y comprender suficientemente el universo imaginativo e ideativo que pasa a través de una expresión mítica⁷, es un servicio menos conveniente que mantener absoluto silencio

5. *Modernizar expresiones*

El desafío inculturador no puede tampoco confundirse con un espíritu modernista que termine remozando o reemplazando expresiones que parecen antiguas y caducas por otras más actuales y comunicativas. En primer lugar porque no siempre lo más actual es lo más comunicante: ¡basta pensar en el impresionante daño que han hecho los espíritus iconoclastas en la evangelización! Muchas veces detrás de bellas y actualizadas formas simbólicas el mensaje fundamental del evangelio de Jesucristo no solo queda oscurecido sino que desaparece. En segundo lugar es importante guardarse, especialmente en esta era postmoderna, de toda tentación de

6. Es importante distinguir aquí entre los tipos de expresión y experiencia que se comunican en la sagrada escritura, e incluso entre la experiencia religiosa común que mucho tiene de carácter mítico, y aquello que llamamos propia y exclusivamente «revelación». La «revelación» es un acto inveterado y permanente de Dios, y a la vez una captación cada vez más diferenciada y sincera de esas señales por parte del hombre limitado y condicionado por sus circunstancias espacio temporales. Por ello no nos es posible afirmar que la sagrada escritura sea revelación a secas tal como nos es transmitida en su textualidad. El texto sagrado es revelador arquetípica y prototípicamente, en la medida en que la palabra es -como el Verbo encarnado- norma normativa no normada de cómo ocurre la Revelación.

7. Por esa resulta verdaderamente desafortunada la posición del documento de Puebla que en el N° 404, siguiendo casi literalmente la *Evangelii Nuntiandi* de Pablo VI (Nos. 58.62.63) afirma: “todo esto implica que la Iglesia -obviamente la Iglesia particular- se esmere en adaptarse, realizando el esfuerzo de *trasvasamento del* mensaje evangélico al lenguaje antropológico y a los símbolos de la cultura en la que se inserta” (la cursiva es del autor del artículo). Desafortunada porque el término «trasvase» (a pesar de que la *Evangelii Nuntiandi* afirma que no es lo mismo que traducir), no es lo suficientemente claro y ciertamente sugiere un cambio de recipiente conservado el mismo contenido. Obviamente lo esencial del mensaje evangélico no puede ser modificado, pero la inculturación no puede, como ya lo hemos sugerido, reducirse a la utilización de lenguajes diferentes (cfr. *Evangelii Nuntiandi* 63), sino que se refiere ante todo al discernimiento de la revelación divina en universos imaginativos diferentes.

manipulación de lo espiritual rebajado a una dimensión más que condiciona como tantas Otras la realización integral de los seres humanos (entendido integral como: colección satisfactoria de diferentes dimensiones).

6. Reconocer ingenuamente la diversidad cultural

Inculturar no es tampoco el simple reconocimiento acrítico de la diversidad cultural como si los cristianos tuviéramos que renunciar a la certeza de que “*el camino, la verdad y la vida*” es sólo Jesucristo. ¡De ninguna manera! En la pastoral eclesial el asunto fundamental del respeto por las culturas ha degenerado fácilmente en una actitud respetista que no sólo no proclama con valentía y decisión el evangelio sino que ha terminado por hacer dudar a muchos evangelizadores de su propia creencia. Bien lo dice Pablo VI en la *Evangelii Nuntiandi* refiriéndose al contacto con otros horizontes religiosos:

Ante todo, queremos poner ahora de relieve que ni el respeto ni la estima hacia estas religiones, ni la complejidad de las cuestiones planteadas implican para la Iglesia una invitación a silenciar ante los no cristianos el anuncio de Jesucristo. Al contrario, la Iglesia piensa que estas multitudes tienen derecho a conocer la riqueza del Misterio de Cristo, dentro del cual creemos que toda la humanidad puede encontrar, con insospechada plenitud, todo lo que busca a tientas de Dios, del hombre y de su destino, de la vida y de la muerte, de la verdad⁸.

Y nos lo repite bellamente el documento de Santo Domingo cuando afirma que: «Jesucristo es, en efecto, la medida de toda cultura y de toda obra humana» e insiste en que: «la inculturación del evangelio es un imperativo del seguimiento de Jesús, y necesaria para restaurar el rostro desfigurado del mundo»⁹.

Por eso un abandono acrítico que pretenda establecer una convivencia informe entre dos universos imaginativos diferentes olvidando que la propuesta cristiana es fundamentalmente un ofrecimiento antropológico sustante, y que por lo tanto precisa una previa claridad respecto del propio universo imaginativo para poder establecer un diálogo fecundo entre la revelación de Dios en el evangelio de Jesucristo y una cultura determinada, no deja de ser una posición verdaderamente

8. *Evangelii Nuntiandi* 53.

9. *Ibidem*, 13.

ingenua e irresponsable por parte del evangelizador, y no puede dar por resultado más que un mal hecho sincretismo religioso¹⁰.

Ni *aculturación*, ni *transculturación*, ni *traducción literal* de signos o de símbolos, ni *modernismo indiscriminado*, ni *ingenuidad sincrética* o *irresponsabilidad acrítica*. Todas estas son tentaciones frente a las cuales hay que estar alerta en la tarea evangelizadora.

2. ¿Qué es inculturar el Evangelio?

Repitémoslo de manera aún más concisa: inculturar el evangelio es descubrir al mismo Cristo de la historia encarnado, presente y actuante en el corazón de la vida de los pueblos.

Nos lo expresa de forma clara el Documento de Trabajo (documento rojo) de la Conferencia de Santo Domingo: “estas culturas nos desafían para revalorarlas como espacios, interlocutoras y destinatarias del Evangelio, que busca echar raíces en ellas para purificarlas y llevarlas a su plenitud”¹¹.

10. Comparto parcialmente la posición de Manuel Marzal, S.J., quien afirma que «la inculturación que no hicieron los agentes pastorales, por sus condicionamientos teológicos o disciplinares, la hizo con frecuencia el pueblo. Es sabido que, a lo largo y ancho del continente y, sobre todo, en las regiones en donde se establecieron altas culturas, como los Andes o Mesoamérica, los indios conservaron ciertas creencias, ritos, formas de organización, normas éticas de sus propias religiones o reinterpretaron la del catolicismo ibérico para salvar su propio patrimonio religioso o para hacer más comprensible el catolicismo desde sus propias categorías religiosas. Por eso el sincretismo puede ser considerado como la otra cara de la inculturación y puede servirnos de pista para emprenderla» MARZAL, MANUEL, «Inculturación y diálogo interreligioso a la luz de la espiritualidad ignaciana», en *Diakonía*, N° 64, Diciembre de 1992, pp. 66-67.

Con todo, es bueno insistir en que, si bien el sincretismo puede y debe darnos elementos para un adecuado proceso incultrador del evangelio, no podemos identificarlo propiamente con lo que queremos significar al decir «inculturación» so pena de caer en posiciones realmente ingenuas.

11. CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO (CELAM), *Documento de Trabajo* (libro de color rojo). *Nueva Evangelización, promoción humana, cultura cristiana*, Bogotá, junio 1992, N° 594. Nota: Con base en la *Secunda Relatio* (febrero de 1992) organiza otra vez el material recogido. Tiene las siguientes partes principales: 1a. Mirada pastoral a la realidad latinoamericana. 2a. Iluminación teológica-pastoral: Jesucristo ayer, hoy y siempre (Hb. 13, 8). 3a. Propuestas pastorales.

La Iglesia necesita estar atenta a estas realidades llenas de la presencia interpelante de Dios. En ellas nos manifiesta sus intenciones salvadoras, contenidas en las profundas expectativas de los hombres y las mujeres del continente. Asumiendo los ritmos que el Espíritu traza a nuestra historia, podremos proclamar una palabra siempre oportuna y esclarecedora y nos dejaremos educar por el Dios cuya palabra siempre es histórica¹².

Y en el documento definitivo de la IV Conferencia se afirma que “es una labor que se realiza en el proyecto de cada pueblo, fortaleciendo su identidad y liberándolo de los poderes de la muerte”, hasta tal punto que “por eso podemos anunciar con confianza: hombres y mujeres de Latinoamérica, ¡Abrid los corazones a Jesucristo. El es el camino, la verdad y la vida, quien le sigue no anda en tinieblas! (Cfr Jn 14,6; 8,12)”¹³.

Inculturar es reconocer inteligente y contemplativamente que la acción simbólica concreta de la vida de los pueblos, en su cosmovisión, en sus lenguajes, sus costumbres, sus tradiciones, su organización social y política, en su religión, etc.; en su universo simbólico y valorativo, se da verdaderamente un polo constitutivo de la revelación del único Dios de la historia que:

[...] no llegó aquí con los misioneros, él ya estaba presente en las culturas. La revelación no se restringió a la experiencia judeo-cristiana, recogida canónicamente por las Escrituras, sino que es un dato permanente de la historia de la salvación universal, pues Dios-comunión se dona continuamente en gracia y perdón a todos los seres humanos en todos los momentos de la historia¹⁴.

Inculturar el evangelio es mantener toda su positividad fundamental: proclamar con la certeza de la fe la proximidad total de Dios en Jesús en nuestra existencia, la comunión de personas en Dios, la realidad de la Iglesia como «Ícona de la Trinidad», el rescate definitivo de nuestra decadencia histórica por la muerte

12. CELAM, *Documento de Trabajo...*, N° 593.

13. IV CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO, *Conclusiones: Nueva evangelización, promoción humana, cultura cristiana*, Santo Domingo, octubre 12-28, 1992, N° 13. Citaremos en adelante: *Santo Domingo*.

14. BOFF, LEONARDO, «El conflicto de los modelos de evangelización para América Latina, Reflexiones a propósito de los 500 años», en *Diakonia*, N° 64, Diciembre de 1992, p. 50.

resurrección de Jesucristo, la presencia escatológica del reinado o soberanía de Dios, la vida como llamada a la plenitud y el desenlace bienaventurado de todo el universo como contenidos que de ninguna manera se oponen a cualquier cultura.

Bien lo proclama el Papa Juan Pablo II cuando en su encíclica *Redemptoris Missio* afirma “la compatibilidad del evangelio con toda cultura”¹⁵ como principio básico de la evangelización; y lo retoman los obispos en Santo Domingo al afirmar que

[...] la inculturación del Evangelio es un proceso que supone reconocimiento de los valores evangélicos que se han mantenido más o menos puros en la actual cultura; y el reconocimiento de nuevos valores que coinciden con el mensaje de Cristo”. Por eso “mediante la inculturación se busca que la sociedad descubra el carácter cristiano de esos valores, los aprecie y los mantenga como tales”¹⁶.

II. LA INCULTURACIÓN COMO CONDICIÓN DE UNA AUTÉNTICA EVANGELIZACIÓN

1. “Otros” antes que “pobres”

Cinco siglos de negación de nuestra identidad como «otros» nos han vuelto sospechosos incluso de aquellos que hoy hablan de «inculturación», de encarnación del cristianismo en nuestras culturas. ¿No será también ése un nuevo proyecto para asimilarnos y dominarnos? Antes de recibir asistencia y de ser amados como pobres, queremos ser reconocidos y aceptados como «otros» como diferentes.

Hasta que la Iglesia no esté dispuesta a dialogar con nosotros -tal como somos- y con nuestro mundo -tal como es-, haciendo la opción por «el otro», no logrará jamás pertenecernos. Luchará por nosotros con mayor fuerza. Habrá misioneros que mueran por defendernos. Pero nosotros seguiremos siendo considerados como gente atrasada, que ha quedado fuera de la marcha -única y uniforme- de la humanidad¹⁷.

15. JUAN PABLO II, *Carta encíclica Redemptoris Missio*, Ed. Paulinas, Bogotá, 1993, No. 54.

16. *Santo Domingo* 230.

17. AIBAN, WAGUA, (sacerdote indígena kuna), «Carta», en *CRIE*, N° 45, Junio de 1992, p. 6.

Este magnífico texto autógrafo de un sacerdote católico *kuna* nos sitúa de entrada en una perspectiva ciertamente nueva y bien difícil para los evangelizadores acostumbrados generalmente a cabalgar sobre sus caballos preferidos: «dar de lo que nos sobra como ricos, enseñar desde nuestra ciencia como sabios y decidir desde nuestros proyectos como poderosos»¹⁸.

Los cristianos no podemos hacer de nuestro «radical substrato católico» (Puebla 445, Santo Domingo 244) ni el único ni el primero de los elementos unificadores de la identidad cultural latinoamericana. No podemos ni debemos olvidar que la raíz indígena configura nuestra más sustantiva identidad y que ello no está reñido con el discernimiento crítico de lo que fue la evangelización.

Si bien es cierto que un indigenismo radical que rechazara en bloque la evangelización y los 500 años de cristianismo además de ser irreal y anti-histórico nos llevaría a despojar a los pueblos indígenas, negros y a los medios populares de todos aquellos elementos liberadores que a través de cinco siglos ellos mismos han ido discerniendo y configurando en la evangelización, hemos de reconocer humildemente que ésta llegó a América distorsionada por los intereses ocultos de la cultura europea, desnaturalizada en la medida en que sirvió tantísimas veces de instrumento de sujeción y de muerte en vez de ser instrumento de promoción de vida y libertad. Desconocer esa desfiguración del proceso evangelizador de América Latina hecho bajo el signo indeleble de la colonización es hacerse insensible a la memoria de millones de hombres y mujeres que fueron víctimas de los colonizadores, y cerrar los ojos a una evidencia histórica de la cual nadie duda hoy por hoy en el subcontinente y en el mundo; es tratar de demostrar lo indemostrable¹⁹.

Ahora bien, esa actitud que se nos reclama como básica para iniciar o adelantar un auténtico proceso de inculturación implica en primer lugar que antes de hablar hay que escuchar, hay que contemplar, hay que discernir las «semillas del Verbo». Y en el caso de culturas secularmente agredidas y despreciadas como las autóctonas, las afroamericanas o las culturas populares, implica un diálogo abierto y respetuoso; un diálogo que, como bien lo dijera Juan Pablo II:

18. GONZÁLEZ BUELTA, *Op. cit.*, p. 14.

19. Cfr. BOFF, LEONARDO, *El conflicto de los modelos ...*, p. 47.

[...] no nace de una táctica o de un interés, sino que es una actividad con motivaciones, exigencias y dignidad propias: es exigido por el profundo respeto hacia todo lo que en el hombre ha obrado el Espíritu, que sopla donde quiere (Jn 3, 8)²⁰.

Por su especial carácter este diálogo ha de ser conducido con extrema comprensión y paciencia; diálogo que considere como motivo de auténtica alegría pascual el hecho teologal de que esas culturas hayan podido subsistir y que permanezcan allí llenas de voluntad de mantenerse y rehacerse biológica y espiritualmente. Por eso

[...] el primer acto de evangelización de las iglesias es promover sus vidas, alentar su proyecto de rehacer sus culturas, de rescate de sus religiones y reconquista de sus tierras. Tal gesto se sitúa en la línea evangélica de aquel cuya misión es traer vida y vida en abundancia (Jn 10, 10). Es el evangelio primero de la fraternidad universal²¹. Porque, ¿cómo un indígena puede aceptar como Buena Noticia el evangelio que predica la Iglesia, si ésta prácticamente quiere quitar lo esencial de su vida profunda, y anular la experiencia espiritual y cultural de sus antepasados?²².

«¡Otros antes que pobres!»: desafío evangelizador, condición de una auténtica inculturación, invitación a convertimos verdaderamente al evangelio de Jesucristo, buena noticia para los pobres (Lc 4, 24; Mt 5, 3). Se trata de reconocer, no sólo intelectual, teológica o contemplativamente, sino vital, teologal y realmente que no se ama al pueblo porque es débil (ahí nace el terrible vicio del paternalismo). Se le ama porque siendo libre está oprimido, se le ama porque siendo digno está humillado, porque siendo rico está empobrecido. Porque siendo sabio es ignorado y despreciado. Solo así el trabajo evangelizador será verdaderamente inculturado, y la tarea de la inculturación será auténticamente evangélica.

2. Tarea teológica

En medio de este desafío de realizar una evangelización verdaderamente inculturada es importante reconocer la existencia, en primer lugar, de una auténtica teología

20. JUAN PABLO II, *Encíclica Redemptoris Missio*, N° 56.

21. BOFF, LEONARDO, *El conflicto de los modelos...*, p. 51.

22. VARIOS, «Encuentro Dominicano de Pastoral Indígena», en *Diakonía*, N°64, Diciembre de 1992, p. 134.

popular. Ella se expresa por lo general en un lenguaje mítico-religioso-simbólico que nos resulta difícil no sólo de comprender sino, más aún, de interpretar; y ello no porque los indígenas, los negros, los pobres no tengan una palabra que decir sino porque nuestras palabras no siempre son capaces de expresar todo lo que otros experimentan.

Se trata de otra semántica, otros códigos, otra sintaxis, no por ello menos cierta y valedera, diferente a la sistémica del lenguaje y la conceptualidad occidental. Hay mil saberes que se escapan a un acercamiento hipotético deductivo y que son accesibles a través de otros lenguajes como el de la música, el color, la poesía, el baile, etc.

En la antropología indígena o en la propuesta de hombre que resulta del análisis del universo imaginativo de las culturas negras y de los medios populares, existe sin duda una densidad teológica no tematizada que constituye un verdadero reto a la nueva evangelización inculturada: la certeza de la trascendencia divina unida a la experiencia de la inmanencia de Dios en la creación; el cuidado de toda forma de vida, la interacción y participación de todos los seres en la creación, la tierra como madre santa, símbolo eficaz de Dios mismo; la integración de lo material, lo corporal, lo histórico y lo espiritual; la armonía propia de la naturaleza, la unidad de la persona, la valoración de lo intersexual, comunitario y cósmico; la participación de los sentidos en la experiencia religiosa, lo gratuito, recíproco y solidario: el compartir, el derecho de todos, el sentido de la moderación, el respeto y la austeridad, el diálogo, la autoridad como servicio y dependiente de la comunidad, el sentido de la fiesta, la comunión con los antepasados, el trabajo y el sacrificio, la hospitalidad, la resistencia histórica, la mutua alimentación de la esperanza contra toda evidencia, la organización popular, y muchos aspectos más²³, son vetas auténticas de revelación que deben ser exploradas cuidadosamente desde la teología.

Desde hace 500 años la teología indígena es una teología de pueblos oprimidos, está marcada por la resistencia contra la opresión. Pero no ha dejado de acompañar y de guiar al pueblo; es más: ha hecho su interpretación teológica de la historia. Y lo ha hecho extrayendo recursos de su propia tierra milenaria, de diversas maneras: unas veces transmitiendo sus valores morales y culturales

23. Cfr. «II Encuentro dominicano de Pastoral Indígena», en *Diakonia*, N° 64, Diciembre de 1992, p. 132.

formulados en sus mitos; otras, denunciando, ridiculizando y contando la figura del mundo invasor por medio del lenguaje dramático de las danzas y en los simbolismos de sus máscaras y trajes decorados para esta representación; en otras ocasiones, creando documentos de protesta contra los atropellos sufridos; celebrando con sus propios símbolos los acontecimientos de la vida y de la muerte; y, finalmente, sintiéndose amados, protegidos y «guiados» por el Dios de sus antepasados, simbólicamente presente en medio de ellos, en la Madre tierra, Pachamama, Tzwltag' a, Corazón del Cielo y de la Tierra... Fue ciertamente en la religión tradicional donde los pueblos indígenas sacaron fuerzas para mantener su identidad resistiendo al agresor de su tierra y de su conciencia²⁴.

Se trata de una cosmovisión teológica; más que de una cosmovisión, de algo así como una «cosmosensación»; verdades no tematizadas, prácticamente inefables, misteriosas, pero no por ello menos verdaderas. Otra enseñanza más para nuestro pensamiento y nuestra visión acostumbrados a disecciones, separaciones y especializaciones atomizantes, y por ello cada vez más incapaces de una comprensión complexiva y generalizante (¡término que hasta se ha desvirtuado peyorativamente!), contemplativa e integral.

Frente a ese tipo de experiencia teologal los que hacen el discurso teológico en la Iglesia tienen la especial responsabilidad de discernir y presentar el sentido teologal de las culturas para aquellos que pertenecemos a este otro universo significativo incapaz de comprender verdaderamente la expresión y profundidad de aquella teología (la «otra») ayudando así a establecer un fecundo diálogo entre diversas experiencias y visiones teológicas, lecturas y expresiones teológicas.

3. Tarea pastoral

Ahora bien, siendo ciertamente fundamental el aporte de los teólogos, hay que reconocer que el trabajo de la inculturación es una labor diaria, cotidiana, permanente, y que está por ello mayoritariamente en manos de las comunidades cristianas ya conformadas o en proceso de conformación²⁵ y de los ministros de la evangelización:

24. *II Encuentro...*, p. 131.

25. Dice el papa Juan Pablo II: "Las comunidades eclesiales que se están formando, inspiradas en el Evangelio podrán manifestar progresivamente la propia experiencia cristiana en maneras y forma originales, conformes con las propias tradiciones culturales, con tal de que estén siempre en sintonía con las exigencias objetivas de la misma fe... Por esto, los grupos evangelizados ofrecerán

los misioneros, los pastoralistas, los obispos, los predicadores, los maestros, etc. Siendo la inculturación una condición de la evangelización es una responsabilidad diaria de todo bautizado en cualquier ambiente cultural, empezando por el suyo propio.

Allí el contacto directo de los secularmente excluidos con la palabra de Dios en la sagrada escritura es fundamental. Este segundo libro que es la biblia dirigido por Dios para todos los hombres como palabra normativa no logrará ser instrumento privilegiado de revelación y fundamento de evangelización en tanto ellos no experimenten que la Palabra les es dirigida directamente sin mediaciones apadrinantes, y en tanto los evangelizadores no reconozcan y ejerzan su misión como el ministerio de acercar, de instruir, de facilitar, de acompañar esa relación, y de «discernir con» y no «para» ellos.

También para nosotros es verdad aquello de que tenemos que nacer de nuevo para ver el Reino de Dios (Jn 3, 3). Una nueva sensibilidad evangélica es condición para percibir la sabiduría (Cfr. ICo 1,25) que organiza las relaciones entre las personas y su manera de sentir la vida. Los pobres son para nosotros el sacramento ajusticiado de Dios, y esta verdad puede resultar abrumadora para los que anuncian la buena nueva; pero por ello son también sacramento de conversión frente al cual no hay que acercarse llenos de respuestas y soluciones, pues el amor debe ser ciertamente eficaz pero antes tiene que ser contemplativo. El pueblo pobre no sólo ha sido signado con la crucifixión y con la debilidad, la locura y la injusticia. El pueblo ya entró en el misterio de la cruz: ello es evidente y desafiante para todos; y precisamente por ello, como nos lo enseña la muerte-resurrección de Jesús, ¡también ha sido ya alcanzado por la fuerza misma de la resurrección²⁶.

“La evangelización es cuestión de espiritualidad ante todo”, dice Dom Pedro Casaldáliga. De igual forma la inculturación es cuestión de espiritualidad: de discernimiento, de oración, de diálogo comunitario, de escucha atenta de la palabra de Dios, de iluminación bíblica, de obediencia inteligente del magisterio eclesial, de docilidad al Espíritu de Dios que sopla donde quiere y no sabes de dónde viene

elementos para una ‘traducción’ del mensaje evangélico teniendo presente las aportaciones positivas recibidas a través de los siglos gracias al contacto del cristianismo con las diversas culturas, sin olvidar los peligros de alteraciones que a veces se han verificado”. *Encíclica Redemptoris Missio*, Nº 53.

26. Cfr. GONZÁLEZ BUELTA, *Op. cit.*, p. 14.

y ni para dónde va (Cfr Jn 3, 8); el mismo que habló a nuestros antepasados muchas veces y de muchas maneras por medio de los profetas y que ahora, en éstos últimos tiempos, nos ha hablado por medio de su Hijo, Jesucristo, Señor Nuestro (Cfr Hb 1, 1-2).

4. Tarea liberadora

No podemos sacar el problema de la identidad cultural, especialmente de los pueblos latinoamericanos pero en general de todas las culturas que podríamos calificar como alternativas a lo «occidental norteamericano», de la realidad en que está inserto: el dinamismo socio-histórico de injusticia y subdesarrollo. Tal como lo afirma el documento preparatorio de Santo Domingo: “evangelizar la cultura no es para eludir los problemas económico-político-sociales, sino para remediarlos en su raíz”²⁷.

Si evangelizar es ir descubriendo y promoviendo en comunidad el reino de Dios que se va construyendo en los pueblos y en las culturas, hemos de reconocer (y esto no sólo en América Latina) que el reinado de Dios se da en medio de condiciones de opresión, de marginación, de explotación y esclavitud socio-económica, política, ideológica y hasta religiosa. Como bien lo expresa Gustavo Gutiérrez en su hermoso libro sobre la espiritualidad en esta América nuestra:

Hoy percibimos cada vez con más claridad lo que está en juego en esta situación: la pobreza significa muerte. Muerte ocasionada por el hambre y la enfermedad o por los métodos represivos de quienes ven peligrar sus privilegios ante todo intento de liberación de los oprimidos. Muerte física a la que se añade también la muerte cultural porque el dominador busca el aniquilamiento de todo lo que da unidad y fuerza a los desposeídos de este mundo para hacerlos así presa fácil de la maquinaria opresiva.

De eso se trata, de muerte, cuando hablamos de la pobreza, de la destrucción de personas y pueblos, de culturas y tradiciones. En particular de la pobreza de los mas despojados: indios, negros y la mujer de esos sectores doblemente dominada y oprimida. No estamos entonces, como a veces se piensa, ante el desafío de una situación social como si fuese algo exterior a la exigencias fundamentales del

27. CELAM, *Documento de Trabajo* 414.

mensaje evangélico. No hallamos más bien ante una realidad contraria al reino de vida anunciado por el Señor²⁸.

Es un pueblo oprimido el que porta hoy los valores de las diversas culturas. Contra la cultura dominante e individualista, la cultura del pueblo responde desarrollando cada vez mas su dimensión comunitaria, la solidaridad, la responsabilidad histórica común. Frente a la tentación espiritualista la cultura popular desarrolla la fiesta, la celebración, la gratuidad, la dimensión ecológica como don divino. Frente a la cultura consumista, acaparadora y dominante, surgen formas populares de solidaridad, de servicio y compartir.

Por ello pretender a fuerza de defender el documento final de Santo Domingo que el eje y desafío fundamental de la eclesiología latinoamericana se desplazara magisterialmente (casi que dogmáticamente) de la realidad del anti-reino de pobreza e injusticia generalizada y su combate decidido a través de una autentica evangelización en comunión y participación (como lo afirman magisterialmente Puebla y Medellín, y lo ha creído y confesado incluso martirialmente nuestra Iglesia Latinoamericana) hasta el abstruso y confuso tema de «la cultura adveniente», es hacer de la palabra y la intención de la IV conferencia una posición ciertamente cínica.

Ignorar la crudeza de las realidades que desfiguran el testimonio del evangelio, y pretender que la Iglesia como madre a quien le pide pan le ofrece una piedra y a quien clama un mendrugo de justicia le ofrece una reflexión abstrusa sobre la modernidad, es desconocer el magisterio anterior y situarse en contravía de la fe creída y testimoniada.

El asunto de la cultura adveniente o es una gran equivocación o imposición foránea, o no puede de ninguna manera situarse en contravía y desmentir el magisterio de Medellín y Puebla. La primera opción no podría ni siquiera ser considerada con seriedad so pena de ser irrespetuosa. La segunda habrá que profundizarla para no terminar desvirtuando el mensaje de los señores obispos. Ellos mismos nos previenen contra esa tentación cuando afirman que

[...] una meta de la evangelización inculturada será siempre la salvación y liberación integral de un determinado pueblo o grupo humano, que fortalezca su

28. GUTIÉRREZ, GUSTAVO, *Beber en su propio pozo*, CEP, Lima, 1983, p. 21.

identidad y confíe en su futuro específico, contraponiéndose a los poderes de la muerte, adoptando la perspectiva de Jesucristo encarnado, que salva al hombre desde la debilidad, la pobreza y la cruz redentora²⁹.

Bien dice Mons. Casaldáliga que

[...] los aportes que la Iglesia de los Pobres puede y quiere ofrece a un proyecto no eurocéntrico de evangelización van por estas tres dimensiones...: a. la inculturación, b. la opción por los pobres y c. la comunitariedad. Más de cerca, ciñéndome a nuestra Iglesia latinoamericana los dos providenciales «concilios» que hemos vivido Medellín y Puebla y el nuevo «concilio» que próximamente esperamos vivir en Santo Domingo, abordan precisamente esas tres grandes vertientes de la eclesialidad evangelizadora: Medellín opta por los pobres, Puebla canoniza las comunidades eclesiales de base, y Santo Domingo... habrá de asumir la inculturación³⁰; de tal manera que no son ni pueden ser tres realidades opuestas o contrapuestas.

El problema de la inculturación en un continente en el que hay grandes masas de indígenas, campesinos y negros, y en todo caso millares de hombres y mujeres marginados del progreso lineal que pretendió la modernidad liberal, y que hoy pregona la postmodernidad excluyendo a los «desechables» o «pobres inútiles» (por selección natural), no es el de la cultura adveniente (¡al menos no debería ser el problema de la Iglesia!) sino el del desconocimiento de las culturas secularmente presentes en esta parte de la tierra, y la grave situación de pobreza y de opresión en que viven. Ejercer el servicio de la identidad es ofrecer el servicio de la libertad: tarea urgente en el continente latinoamericano so pena de elaborar un discurso y de ejercer una práctica pastoral cínica que ponga aún más en cuestión la palabra y la practica de la Iglesia y la credibilidad del Evangelio de Jesucristo.

Por eso afirman los indígenas, y con ellos todos los «otros»:

[...] no estamos de acuerdo en que nuestros pastores asuman el mismo lenguaje de los modernizadores, que se refieren a nosotros como a cosas del pasado o como a realidades que, desafortunadamente, tendrán que morir para dar paso a la «cultura adveniente» o cultura de la modernidad. Los pueblos indígenas

29. *Santo Domingo* 243.

30. CASALDALIGA, PEDRO, «Opción por los pobres, inculturación y comunidad», en *Diakónía*, N° 64, Diciembre de 1992, p. 6.

estamos vivos y creemos que somos portadores de un proyecto de vida válido no sólo para nosotros sino para todos los seres que poblamos el planeta³¹.

Así las cosas *inculturar el evangelio* es descubrir y lleva a plenitud los valores evangélicos presentes y operantes en los pueblos para que así la palabra de Dios sea entendida, asumida encarnada como buena noticia para todos, y especialmente en los pueblos indígenas, negros, campesinos y marginados populares urbanos, en donde el reinado de Dios se va construyendo en situación de opresión y marginación integral. Por ello, la evangelización inculturada ha de estar ligada a la liberación de todas las situaciones de pecado como condición de su autenticidad evangélica, ya que si bien es verdad que

[...] sin cantos a Dios, sin acción de gracias por su amor, sin oración, no hay vida cristiana. Pero ese canto es entonado por personas que viven en situaciones históricas determinadas y que desde ellas perciben, precisamente, la presencia y también la ausencia de Dios (en el sentido bíblico de la expresión, cfr. Jer 7, 1-7; Mt 7, 15).

En el contexto latinoamericano podemos preguntarnos, ¿cómo agradecer a Dios el don de la vida desde una realidad de muerte temprana e injusta? ¿cómo expresar la alegría de saberse amado por el Padre desde el sufrimiento de los hermanos y hermanas? ¿cómo cantar cuando el dolor del pueblo parece ahogar la voz en el pecho?³².

31. “Por eso urgimos a los pastores de nuestra Iglesia a que reconozcan la legitimidad de la lucha indígena, en el contexto de la lucha de los pobres, abriéndole espacios pastorales para su defensa y desarrollo y ofreciéndole todo el apoyo que sea necesario a fin de que logre los objetivos que ella se propone. La pastoral ha sido matriz de muchos procesos populares que, con el tiempo, han llegado a ser adultos y autónomos de la pastoral; pero no por ello han de ser desechados o contrariados por la Iglesia. Los pastores deben saber acompañar este tipo de procesos sin pretender conducirlos, apadrinarlos o encasillarlos en sus esquemas intraeclesiales. Es la consecuencia inevitable de la legítima autonomía de las realidades temporales, reconocida y consagrada por el Concilio Vaticano II”. «Aportes indígenas para el IV CELAM», en *Diakonia* N° 64, Diciembre de 1992, p. 120.

32. GUTIÉRREZ, GUSTAVO, *Beber...*, p. 19.

III. INCULTURACIÓN, ENCARNACIÓN Y LIBERACIÓN: CORRESPONDIENTES TEOLÓGICOS

No hay que perder nunca de vista que el objetivo de la Iglesia es evangelizar y no civilizar. Si ella civiliza es porque está evangelizando (Pío XII)³³.

Quiero terminar este trabajo de investigación proponiendo como conclusión la correspondencia teológica directa que encuentro entre los términos fundamentales que se han venido trabajando: inculturación, encarnación y liberación.

Hemos visto cómo la cultura no es un conjunto de nada: ni siquiera de aspectos múltiples que se entrelacen o estructuren y tengan que ver tanto con la adaptación al medio físico, como con la organización global de las sociedades y los grupos, o con la forma como se expresen esas relaciones en encarnaciones concretas como el lenguaje, la mitología, las creencias, las normas, el saber, las religiones, el arte, la magia, etc.; ni mucho menos el conjunto de reglas sistémicas de conducta social, psicológicas o del entendimiento. Afirmamos que cuando hablamos de cultura tampoco estamos refiriendo una realidad puramente ideal que dependa más de la interpretación que de los condicionamientos históricos, o que se desenvuelva autónomamente al margen de la responsabilidad de los sujetos concretos, o que pueda reducirse a simples esquemas simbólicos susceptibles de ser armados de forma coherente, etc.; sino que la cultura es ante todo un sistema de significaciones y valores que dan sentido y se expresan; y que al expresarse refuerzan o transforman y modifican el mismo sentido y valor de las cosas y de las acciones en una dinámica orgánica que es a la vez tradición y responsabilidad, depósito y taller, recibida y recreada, transmitida y reelaborada.

Desde esa perspectiva que hemos llamado «hermenéutica» (no simplemente *semiótica*) de las culturas, resulta que cultura e historia se confunden en un mismo entramado o tejido en el cual si se quita un hilo se desbarata el otro. Como bien lo expresara el Concilio Vaticano II siempre “que se trata de la vida humana,

33. “Il ne faut jamais perdre de vue que l’objectif de l’Eglise est d’évangéliser et non de civiliser. Si elle civilise, c’est par l’évangélisation”. Pío XII (dirigiéndose al profesor Roland-Gosselin), *Semaines sociales de France*, Versailles, 1936. Traducción del editor.

naturaleza y cultura se hallan unidas estrechísimamente” (GS 53). Situando la cultura como una mediación indispensable entre lo natural y lo propiamente humano y proponiendo así la idea señera y sumamente fecunda de que todo lo cultural es humano y todo lo humano es cultural, el Concilio se adelantó a las posteriores elaboraciones de las ciencias sociales.

Esta perspectiva es fundamental para comprender adecuadamente el asunto de la inculturación. Si superamos verdaderamente las tentaciones comunes de confundir este criterio fundamental de la evangelización con prácticas nefandas tales como la aculturación, la deculturación, la transculturación o la traducción literal de signos o de símbolos, el modernismo indiscriminado, la ingenuidad sincrética o la irresponsabilidad acrítica; y situamos el desafío inculturador en una perspectiva correcta en la cual reconocemos inteligente y contemplativamente que en la acción simbólica concreta y diversa de la vida de los pueblos se da en verdad un polo constitutivo de la revelación del único Dios de la historia, entonces la inculturación como criterio fundamental de la evangelización no sólo exige, sino que es prácticamente un sinónimo teológico de la encarnación.

Ahora bien, dado que el mensaje que hemos de anunciar como buena noticia no es un contenido doctrinal y mucho menos un canon moral o una legislación revelada, sino que en el encargo recibido de anunciar el evangelio de Jesucristo el contenido es el mismo continente; es decir: a quien hay que anunciar es la persona encarnada de Dios hecho Verbo, Hijo, Hombre, Pobre:

«Porque no nos anunciamos a nosotros mismos sino a Cristo Jesús como Señor, y a nosotros como siervos vuestros por Jesús» (2Co 4, 5). Y dado que como norma normativa no normada a Jesús el hombre se le reconoce como Cristo Mesías en una dinámica auténtica de seguimiento, y no por el artificio noético de una confesión puramente intelectual, resulta que la encarnación es la forma de la evangelización. Sólo en una dinámica radical de inculturación -cuyo fundamento, arquetipo y prototipo es el misterio de la encarnación de Jesucristo- es posible anunciar la buena nueva de la salvación en la historia.

Esa salvación, que en el plano trascendental se nos figura como un ofrecimiento universal de redención, al nivel de las realizaciones categoriales -es decir, aquellas que dependen de que la revelación ofrecida sea salvación acogida y acontecida- se nos presenta como un proceso real de liberación de todas aquellas condiciones que hacen que los hombres, y especialmente los más pobres, se vean impedidos en la realización de la humanidad plena; condiciones que en su limitación procesual

son, en verdad, desafíos que exigen y reclaman liberación; y que en la medida en que van siendo atendidos y superados realizan la presencia de la salvación en esta historia trascendente en que «hacemos camino al andar».

Allí la cultura como tejido fundamental que constituye la historia de un grupo humano se nos presenta en una doble dimensión: como el lugar «desde donde» es posible pronunciar una palabra que en verdad signifique liberación para los hombres que articulan el sentido y valor de toda su existencia en el marco que ella les ofrece; pero también se nos presenta en la fe como una creación continuada susceptible y necesitada -cumplidas las condiciones anteriores de inculturación- de crecimiento, desarrollo y perfección hasta llegar -todos los hombres y todas las culturas- a la imagen de hombre que tenemos en Cristo Jesús, Nuestro Señor.

Así la obra de la liberación se traduce en su limitación procesual en una forma histórica de manifestación -en el tiempo- de la liberación plena: la salvación, la única que nos viene a través de Jesucristo, fundamento y culmen del ser de la Iglesia, razón de su existencia y única realidad que hay que anunciar.